

## LECCIÓN 35.<sup>a</sup> EL LIBRO DEL APOCALIPSIS Y LA ESCATOLOGÍA

### 1. El género apocalíptico

Al tratar de Escatología es obligado mencionar el libro del Apocalipsis. Cuestiones como «la gran tribulación», el milenio, la batalla de Armagedón, etc., pertenecen de lleno al Apocalipsis, y es preciso conocer, al menos de una manera somera, este libro, para poder situarlas convenientemente dentro de la Escatología.

El Apocalipsis, como su propio nombre indica, pertenece al tipo de literatura llamada «apocalíptica», muy extendida entre los judíos en la época intertestamentaria. Es el único libro del Nuevo Testamento que pertenece a este género, sí bien hallamos pasajes apocalípticos en otros libros (cf. Mat. 24). Las visiones de Daniel, en el Antiguo Testamento, son de esta clase de literatura.

Una característica primordial de la literatura apocalíptica es el reconocimiento de que Dios es soberano y que, al final, Él intervendrá personalmente, y mediante grandes acontecimientos y catástrofes, para dar paso a su perfecta y buena voluntad. A Dios se le oponen fuerzas numerosas y poderosas; son expresiones varias del mal. Estas diversas potestades malignas suelen describirse como «bestias», «cuernos», etc., en un lenguaje simbólico y de mucha imaginación, el cual era perfectamente comprensible a los hombres de aquel tiempo —cuyas claves de interpretación les eran familiares—, pero que a nosotros se nos hace difícil, a veces, de comprender. Se nos describen visiones: los ángeles transmiten mensajes; asistimos a la colisión de enormes fuerzas antagónicas y, finalmente, los santos son vindicados.

### 2. Diferencia entre la apocalíptica bíblica y la profana

El autor inspirado daba por supuesto que los lectores entenderían sus imágenes literarias y sus alusiones. Pero, más tarde, en manos de falsos «entusiastas», algunas de estas imágenes sirvieron para fomentar fantasías grotescas. Lo que es fácil comprobar, en este sentido, al contemplar la pintura románica, lo es igualmente en el aspecto teológico de algunos escritores exaltados medievales. Y, no obstante, existe una marcada diferencia entre el Apocalipsis y la literatura apocalíptica contemporánea: el libro inspirado es sobrio en sus descripciones, comparado con las obras apocalípticas de los otros autores. En los libros de éstos sí que se daba pronto y fácilmente rienda suelta a toda suerte de extravagancias. La profecía bíblica, por principio, es siempre muy mesurada. Esto es precisamente lo que les duele a ciertos aficionados a querer saber más de lo que está revelado. La apocalíptica bíblica es serena y prudente. Otro punto de divergencia es que el Apocalipsis da el nombre del autor, mientras que la mayoría de páginas apocalípticas de entonces eran seudónimas. Los autores solían tomar nombres prestados de los grandes varones del pasado, y en ellos trataban de escudar sus fantasías.

El seudonimato de la literatura apocalíptica —desde el siglo II a.C. hasta el siglo II después de Cristo— está en relación con el hecho de que, según el sentir del judaísmo, la profecía se había extendido ya. Así, el «Apocalipsis de Baruc» 85:3: «Los justos se han reunido con sus padres, y los profetas se han echado a dormir... y ahora sólo tenemos al Omnipotente y la Ley.» Esto explica que nadie se atreviera a publicar un libro profético con su propio nombre. Todo ello contrasta con Juan y su Apocalipsis.

### 3. El mensaje del Apocalipsis

El Apocalipsis de Juan es un libro cristiano que predica, no menos que los restantes libros del Nuevo Testamento, a Jesucristo crucificado. Hijo eterno de Dios y Redentor de los hombres, que está ahora sentado a la diestra del Padre, y que aparecerá como Juez al fin de los tiempos.

El Espíritu Santo impulsó al apóstol Juan a que se valiera del género literario apocalíptico para producir su libro. Las verdades que le son reveladas las reviste el autor con el ropaje de

imágenes, figuras y procesos. Es decir, traduce en símbolos visibles todo cuanto le ha sido enseñado por Dios. Para ello, se vale del material de ideas tradicionales, señaladamente de los escritos proféticos del Antiguo Testamento, emparentados con su propio libro; por ejemplo, el trono-carro de Ezequiel 1, y los cuatro animales de Daniel. Pero lo importante no es la configuración de las imágenes visionarias. Sería erróneo intentar figurarse plásticamente el Cordero con siete cuernos y siete ojos (5:6), y la bestia con siete cabezas y diez cuernos (13:1), y preguntarse, acaso, cómo estaban distribuidos los diez cuernos en las siete cabezas.

#### 4. Significado de los símbolos del Apocalipsis

Hay que estudiar los símbolos del Apocalipsis desde un punto de vista intelectual, sin detenerse en estas figuras como si su literalidad o sus contornos reales fuesen lo verdaderamente importante. Se trata de un lenguaje ideológico, transmitido por medios simbólicos. El número 7 indica plenitud; los siete cuernos y los siete ojos significan que el Cordero posee la plenitud del poder (cuerno) y de la inteligencia (ojo). Asimismo, hay que examinar desde el punto de vista ideológico cuanto atañe a colores: blanco, rojo, escarlata, etc. Todo tiene su particular significación simbólica. Sólo interpretando así la relación entre la visión y la configuración literaria se comprende también la disposición del libro, en el que desempeñan un papel importante las heptódadas o series de siete (subdivididas a menudo en 4 + 3).

Este simbolismo es lo que perturba a muchos lectores modernos, y, en particular, la dificultad de representarse las complicadas piezas de la imaginería del Vidente. Además, en ocasiones, se tiene la impresión de que, plásticamente, unas piezas no encajan con otras. Es importante recordar que Juan es aquí un artista que emplea las palabras y que se sirve de un género literario específico: Juan no es un pintor, ni se sirve de materiales plásticos. Tenemos, pues, que buscar el significado literario de cada símbolo, no el tratar de representárnoslo en un espectáculo visual. El propósito del libro es comunicar ideas, y lo hace mediante palabras altamente simbólicas. Cuando el Vidente describe alguna visión, traslada en símbolos las ideas que le han sido sugeridas por Dios; y prosigue acumulando colores, números simbólicos, etc., sin pensar, no obstante, en los efectos plásticos de su obra. El no describe visiones coherentes, sino visiones inimaginables de un mundo cuyas dimensiones trascienden infinitamente las nuestras. Para seguir, pues, el pensamiento de Juan, hemos de saber convertir en ideas los símbolos que presenta, sin turbarnos demasiado por su incoherencia plástica.<sup>32</sup>

Notas:

32. Véanse las obras de Wickenhauser, L. Morris, M. Boissmard y A. Feuillet.